



Paradójico Unamuno en fotografías

La Universidad de Salamanca expone cientos de imágenes sobre la vida pública y privada del pensador

FRANCISCO GÓMEZ

SALAMANCA. A punto de cerrarse los actos que han seguido al 75 aniversario de la muerte de Miguel de Unamuno, la Universidad de Salamanca reconstruye en su patio de Escuelas Menores uno de los mayores relatos visuales sobre la vida del pensador. Se trata de una exposición con cientos de imágenes de distintos tamaños que van más allá del tradicional enfoque de Miguel de Unamuno en fotografías. Aquí se trata de establecer, a partir del propio material gráfico con el que efectivamente convivió el rector -el que encargó, conservó, el que dedicó o para el que posó, cuál era realmente la relación entre Unamuno y la fotografía.

Y resulta que este nuevo binomio pone al espectador, según Alberto Martín Expósito, uno de los comisarios de la muestra '¡Imaginar lo que se ve!', ante una de las muchas paradojas que marcaron la vida del intelectual. Y es que el visitante podrá contemplar en todos los ambientes posibles, inmortalizado en todo tipo de imágenes y momentos, a una persona que, sin embargo, estaba cerca de aborrecer la fotografía.

Martín Expósito explica así la contradicción. «En relación a la fotografía, Unamuno critica su incapacidad para transmitir la verdadera esencia del individuo, para ir más allá de la simple apariencia» y, sin embargo, como hombre de su tiempo, el rector no puede sustraerse a una corriente social que demanda la imagen de Unamuno, «imagen que se convierte en pública y que se ve sometida a una circulación

cada vez más amplia», explica el comisario. De esta forma, Unamuno, feroz crítico de un medio que considera superficial, esquemático y descriptivo - y del que lleva a acuñar el peyorativo término de 'fotografismo', la imposición de «la condenada instantánea» como realidad total-, acaba por desarrollar una vasta colección fotográfica de la que ahora sale esta exposición.

Una parte central de la muestra comisariada por Martín Expósito y

Miguel Ángel Jaramillo presenta precisamente cómo el propio Unamuno asume la importancia de la fotografía en el tiempo que le toca vivir y hace abundante uso de ella para mantener una amplia red de contactos sociales, alusiones personales e incluso publicitar su producción editorial y académica.

Un conjunto ordenado en el que, según Martín Expósito, Miguel de Unamuno aparece «como el centro neurálgico de un archivo que trata

en todo caso de las imágenes que recibía y veía, que guardaba y que compartía».

Relación tortuosa

Es la evolución natural de un hombre, recuerda el comisario, que acabó por convertirse «en una celebridad, un icono cuya imagen frecuente en periódicos y revistas y acaba por estar llena de simbolismo para el público». Pero además de una intensa relación con la fotografía en

su vida más pública, Miguel de Unamuno también realizó un abundante uso del medio fotográfico en su vida privada. Conserva su archivo familiar, que se remonta a algunos antepasados propios y de su mujer, Concha Lizárraga, y después va dejando constancia de los momentos vitales que considera de mayor relevancia.

También acude con frecuencia al estudio fotográfico -especialmente Venancio Gombau- para actualizar las imágenes de sus retratos que normalmente dedica y distribuye a amigos y admiradores.

Junto a sus imágenes, conserva también numerosas fotografías dedicadas de amigos y discípulos, así como una amplia colección de imágenes de arte, arquitectura y naturaleza, además de una larga colección de postales que coinciden en muchos casos con otras imágenes propias de sus viajes.

De esta forma, el espectador entra ahora en una exposición que ofrece como ninguna otra hasta ahora una visión de conjunto de la relación que mantuvo Unamuno, a lo largo de su vida y a través de su actividad, con la fotografía, arte al que siempre exigió ir un poco más allá, imaginar lo que se ve.



Sánchez Gutiérrez en la exposición, una de cuyas imágenes sirve de portada a su novela. :: M. BARROSO

'Los días de la niebla', una aproximación a la faceta más íntima de Don Miguel

Daniel Sánchez Gutiérrez fabula en su primera novela sobre la intrahistoria de Unamuno

F. G.

SALAMANCA. Un anciano compone una mancha negra y blanca

en medio de un mar de manos. La foto hace ruido mientras nos preguntamos hacia dónde apunta esa mirada tranquila de un hombre que tiene ante sí la portezuela entreabierto de un coche pero que sabe que acaba de abrir la puerta de la Historia al decirle a la cara llena de cicatrices de Millán Astray que vencer no es convencer.

Unamuno se dirige a su último

destino. Un último vaivén que lo ha llevado del fervor general al odio atroz para acabar repudiado por todos. Empiezan para él 'Los días de la niebla'. No es casualidad que el salmantino Daniel Sánchez Gutiérrez haya elegido esta famosa foto y esta frase para encabezar su primera novela (editorial El Árbol de Alicia) en la que propone al lector viajar a lo más hondo de las entra-

ñas vitales de la persona que se esconde tras el personaje. «En términos de Unamuno, esta novela narra más una intrahistoria que una historia», explica el autor, que ha tejido un amplísimo tapiz de relaciones, sentimientos y peripecias a lo largo de más de 700 páginas para reproducir en gran medida lo acaecido en la vida de Unamuno, desde 1933 hasta el momento de su muerte, acaecida el 31 de diciembre de 1936.

'Los días de la niebla' es «una novela basada en personajes reales y en peripecias reales, desgraciadamente, porque en muchos casos aparecen historias que son realmente duras», explica Sánchez. Una nueva forma de acercarse a un personaje inabarcable y con un marcado enfoque solidario, ya que los beneficios de la novela irán destinados a la Casa del Sida de Cruz Roja.